

nuestras, y se iba á seguir una paz gloriosa... Sólo su admiración, su amor, su fidelidad tenía que ofrecer el Consejo de Estado al emperador en cambio de todos los beneficios de que colmaba á Francia; pero Napoleón en su bondad se dignaría admitirlos, etc.

Después de la muchedumbre sublevada, ultrajando á príncipes vencidos, nada hay más triste de ver que estas grandes corporaciones prosternadas á las plantas del poder, admirándole con una admiración creciente al par de sus faltas, hablándole con calor de su fidelidad, ya próxima á desvanecerse, y jurándole en fin morir por su causa en vísperas del día en que han de ir á felicitar á otro poder por su advenimiento. ¡Dichosos los países sólidamente constituidos y libres por tanto de espectáculos tan despreciables!

Por célebre es considerada la respuesta de Napoleón. Baja no podía serlo, mas se resentía de tan poco sensata como cuanto acababa de oírse. Conmovido decía que estaba por los sentimientos del Consejo de Estado. Si Francia manifestaba tanto amor á su hijo (asersión singular ante los esfuerzos que se hacían para obligar á aquella Francia á pensar en el heredero presunto) era por el convencimiento del beneficio de la monarquía...

Después añadía Napoleón estas palabras famosas: «A la *ideología*, á esa metafísica tenebrosa, que, investigando sutilmente las primeras causas, quiere fundar sobre bases la legislación de los pueblos, á la ideología hay que atribuir todas las desventuras de Francia... Ella fué la que trajo el régimen de los hombres de sangre, la que proclamó el principio de insurrección como un deber, la que aduló al pueblo llamándole á una soberanía que era incapaz de ejercitar, la que destruyó la santidad y el respeto de las leyes, haciéndolas depender no de los sagrados principios de la justicia, sino sólo de la voluntad de una asamblea compuesta de hombres ajenos al conocimiento de las leyes civiles, criminales, administrativas, políticas y militares... Cuando uno es llamado á regenerar un Estado, seguía Napoleón añadiendo, conviene seguir principios opuestos del todo... y que siempre debe tener el Consejo de Estado á la vista. A ello debe agregar un valor á toda prueba, y estar pronto á perecer á ejemplo de los presidentes Harlay y Molé en defensa del soberano, del trono y las leyes.»

¡Qué espectáculo el de esta cólera contra la filosofía, qué espectáculo dado á la nación más inteligente de Europa! ¡Cómo se había ido á comprometer locamente el ejército francés en Rusia, con el ejército francés el trono imperial, y lo que era peor, la grandeza de Francia se había engañado gravemente sobre la necesidad de esta guerra y sobre los medios de sustentarla, se tornaba vencido, humillado, y la filosofía tenía la culpa! ¿Era también la filosofía la que entonces tenía cautivo al infortunado Pío VII en Savona, y cotidianamente sumergía en los calabozos á centenares de sacerdotes? ¡Y un hombre de prodigioso talento osaba decir tales cosas á la faz de Francia y del mundo, y ante sucesos los más propios á confundirle! ¡Tal es el efecto de las faltas, y sobre todo de las enormes! Aparte de todo el mal que traen consigo, ofrecen el resultado de hacer perder el seso al que las ha cometido, hasta el extremo de que en la agitación que dan por producto, aun el genio parece un niño montando en ira. Achaca las faltas

á aquellos á quienes menos pueden ser imputadas y que á menudo sufren más de resultas.

Pero no era formal nada de esto, sino vano ruido, para cubrir, si era posible, el ruido inmenso de la catástrofe de Rusia; era la inmolación preparada de un magistrado honrado, más sorprendido que débil, y cuyo sacrificio estaba destinado á distraer la atención pública de otros acontecimientos más graves. Con efecto, el Consejo de Estado fué convocado al día siguiente de estas solemnidades pueriles, y encargado de examinar la conducta de Mr. Frochot. No podía ser dudoso el fallo, pues, fuera de la señal dada de arriba, había que dirigir á Mr. Frochot un cargo merecido, y era el de haberse atemperado tan fácilmente á una orden extraña. Fallando una tras otra las diversas secciones del Consejo de Estado, con fastidiosa monotonía de lenguaje y de ideas, todos declararon á Mr. Frochot convicto, no de traición, pues se apresuraban á afirmar que era incapaz de ella, sino de falta de presencia de ánimo, y suplicóse á Napoleón que le privara de sus funciones. Sin duda se debía obrar de esta suerte, para escarmiento cuando menos, pues Mr. Frochot estuvo mal inspirado aquel día; pero el gobierno en cualesquiera otras circunstancias, sin consultar al Consejo de Estado, dictara la destitución por autoridad propia, no añadiendo la humillación de un juicio solemne. Esta justicia fuera exenta de crueldad y muy bastante. Napoleón sintió mucho esta crueldad: pero necesitaba ocupar los ojos de la muchedumbre, y pintarle con muy resaltantes colores sobre un tosco lienzo á un magistrado débil, para que no viese á un Faraón insensato perdiendo su ejército y corona en medio de los hielos de Rusia.

Dejemos estas tristes escenas, destinadas por Napoleón á apartar de sí miradas importunas, y sigámosle en otras ocupaciones más dignas de su genio y más propias á reparar sus faltas.

Necesitaba recomponer su ejército destruído, consolidar su poder trastornado, y en esta ocasión iban sus grandes facultades á hallar un enérgico empleo y á despedir un último y prodigioso brillo. ¿Le salvarían después de comprometerle por su mismo exceso? Era poco probable, si bien posible, con tal de que una consecuencia venturosa llegara á detenerle al mismo borde del abismo. Esta debía ser la última fase de su existencia, y sin duda una de las más extraordinarias.

Mientras parecía ocupado en las cosas que acabamos de dar noticia, realmente se ocupaba sin tregua en un trabajo más noble, y nunca se había mostrado administrador más inteligente, más creador y sobre todo más activo. Por grande que hubiera juzgado el daño, no había descubierto más que parte al abandonar el ejército en Smorgoni. Muchos soldados y oficiales, muchos hombres y material creía haber perdido; pero á todas estas pérdidas hallaba remedio. De cinco batallones de guerra por regimiento, suponía que, verificada la reunión del ejército, se podrían formar tres, y que bastaría enviar á Francia dos de los cinco cuadros para llenarlos con reclutas ya sorteados. Suponía que, si había perdido casi toda su caballería, le debían quedar á pie veinticinco ó treinta mil jinetes probados que sería fácil montar comprando caballos en Polonia, en Alemania, en Francia, lo cual había ya mandado, y que después suministrarían los depósitos con qué completar en jine-

tes instruídos esta caballería remontada. Sabía que de su artillería había perdido muchos hombres, y sobre todo su material por completo; pero sabía también que, provistos los arsenales de Francia, podían lanzar por todos los caminos del Rhin y del Vístula mil cañones sobre cureñas nuevas. Francia proporcionaría con qué llevarlos, gracias á los excelentes caballos de tiro de que tenía tan grande abundancia. De esta suerte, si Napoleón había padecido por efecto de su política desordenada, también recogía el fruto de su rara previsión en muchas cosas, porque, justa respecto de cada cual la Providencia, le paga siempre con el resultado. Antes de marchar sobre Moscou había prescrito el sorteo del reclutamiento de 1813, y con notable exactitud ingresaban los reclutas en los cuadros por octubre, y se llenaban los depósitos con ciento cuarenta mil hombres que ya tenían de instrucción tres meses y estaban en aptitud de llenar los cuadros que entraran en Francia. De un año atrás había formado Napoleón cien cohortes de guardias nacionales, que, sacados, en virtud de la institución que abrazaba á todos los ciudadanos útiles, de las clases más vigorosas de la población, presentaban cien hermosos batallones de hombres hechos y ya disciplinados. Verdad es que su institución no les obligaba á servir fuera de las fronteras. Pero, haciendo solicitar el honor de reunirse al grande ejército á algunos de estos batallones, sancionando este deseo con una resolución del senado, iba á añadirle cien mil hombres de veintidós á veintisiete años, dotados de una fuerza física de que carecían los individuos suministrados por el sorteo. Ya había doscientos cuarenta mil hombres preparados del todo, y que podían encaminarse al Rhin dentro de un mes, dentro de dos al Óder, y dentro de tres al Vístula. Si, poniéndose en lo peor (como Napoleón creía hacerlo ahora), le quedaban ciento cincuenta mil franceses y cincuenta mil aliados de los seiscientos mil hombres del grande ejército, iba á tener aún cuatrocientos cincuenta mil en línea, y quinientos mil contados los contingentes debidos por los aliados, fuerza muy suficiente para abrumar á los rusos, casi tan maltratados como nosotros por el invierno y menos en estado de reparar sus pérdidas. Mientras pasaban los tres meses que exigían tales aprestos, gracias á la previsión de Napoleón igualmente, en los mismos lugares había preparados recursos abundantes y capaces ahora de detener junto al Niemen al enemigo. Según dijimos en lugar oportuno, al marchar de Esmolensko á Moscou, tuvo cuidado de hacer ir á Verona un hermoso cuerpo de quince ó diez y ocho mil hombres sacados de los antiguos regimientos del ejército de Italia, y que antes de la mala estación habían cruzado los Alpes. Este ejército se hallaba en Berlín á las órdenes del general Grenier, y perfectamente compuesto de todas armas.

Además, Napoleón había formado á las órdenes del mariscal Augereau otro cuerpo, el 11.º, encargado de custodiar la línea del Elba. De este cuerpo fué enviada la división de Durutte al general Reynier sobre el Bug, y la mitad había perecido; otra, á las órdenes del general Loison, fué enviada al encuentro del grande ejército á Wilna, y subsistía toda entera cuando Napoleón salió de Smorgoni. Dos más quedaban intactas, la del general Heudelet y la de Lagrange, ya llegadas á Dantzick.

Juntas unas y otras á las fuerzas procedentes de Italia, presentaban por lo menos un total de cuarenta y cinco mil hombres enteramente frescos, y sobre los cuales se podía apoyar el ejército en retirada. Cuando Napoleón dejó á Smorgoni, contaba la guardia todavía siete ú ocho mil hombres, no estaba destruído el cuerpo de Víctor, ni comprometida la división de Loison, y volvían de Moscou unos cuarenta mil hombres, cuyo número se debía aumentar cotidianamente con la reunión de los soldados desbandados. Además, se hallaba el cuerpo de Macdonald á la izquierda, fuerte con siete ú ocho mil polacos y quince mil prusianos, todos los cuales habían servido bien y padecido poco: á la izquierda y á las órdenes del general Reynier se encontraban quince mil sajones y franceses, y á las de Schwartzberg veinticinco mil austriacos, cuyos servicios también habían sido buenos, á pesar de la timidez de sus jefes. Finalmente, existía el cuerpo de Poniatowski, enviado muy temprano á rehacerse á sus cantones, y Mr. de Basano, encargado á su regreso de Wilna de pasar á Varsovia y después á Berlín aseguraba que Polonia se iba á levantar en masa; que Prusia juraba permanecer fiel y hasta se inclinaba á aumentar su contingente, mediante algunos subsidios en dinero; que el príncipe Schwartzberg escribía cartas propias de un militar lleno de honor, y que tanto éste como todos los austriacos que había visto, al formar votos porque la paz se hiciera en breve, ofrecían perfecta fidelidad á la alianza. Suponiendo, pues, que no retornasen á Wilna más que cuarenta mil hombres de los que habían penetrado en el seno de Rusia, agregándoles los cuarenta y cinco mil hombres frescos, que á las órdenes de Augereau y Grenier guardaban el Elba, los veinte mil que á las de Macdonald tornaban de Riga, los cuarenta mil que á las de Reynier y Schwartzberg regresaban de las intermediaciones de Minks, se podía lisonjear de reunir ciento cincuenta mil hombres por lo menos que ascenderían á doscientos mil pronto por virtud del ingreso sucesivo de los rezagados, y de oponerlos ventajosamente á los rusos, que de positivo no habían salvado más de ciento cincuenta mil hombres de los rigores del invierno. Añadiendo á estos doscientos mil los doscientos cuarenta mil que debían ir de los depósitos del Rhin á la vuelta de dos ó tres meses, y además los nuevos contingentes que á vista del peligro no dejaría de aprontar Francia, se fundaba Napoleón al creer que retendría á los prusianos y los austriacos en su alianza; que arrollaría á los rusos más allá del Niemen; que llegaría á recuperar la paz continental sin sacrificios harto grandes, y á completarla con la paz marítima acaso.

Estas esperanzas sostuvieron durante los primeros días el ardimiento de Napoleón en el trabajo. Pero este era el cuadro de las cosas tal como al separarse de su ejército podía trazarlo. Por desgracia, todo había cambiado militar y políticamente del 5 de diciembre á principios de enero en el Norte. Con efecto, por tan rápida pendiente había precipitado Napoleón su fortuna, que cada vez que fijaba los ojos la hallaba espantosamente descendida hacia el abismo.

Según hemos expuesto anteriormente, desde su partida había caído el ejército en una disolución horrorosa. Desaparecido había toda la disciplina por consecuencia del frío llegado á una intensidad extraordinaria, y por



falta de autoridad que inspirase respeto: entregado cada cual á su desesperación personal, se escapó como pudo, y aquel puñado de hombres, ya muy reducido al forzar el paso del Berezina, dispersóse por completo. El cuerpo del mariscal Víctor, que aún tenía siete ú ocho mil combatientes el día de su heroica defensa de los puentes, se deshizo durante los días en que tuvo á su cargo el servicio de la retaguardia.

La división de Loison, compuesta de diez mil hombres, jóvenes sin duda, pero bien organizados, se descompuso del todo por dejar á Wilna y querer ir al encuentro del grande ejército. Del frío murieron la mitad de ellos, y los demás se desparramaron de modo que apenas quedaban dos mil hombres en las filas. Lo propio había acontecido á los destacamentos que formaban la guarnición de Wilna. De la suerte común participaron los cuatro ó cinco mil bávaros del general de Wrede, que se mantuvieron á la izquierda de Wilna después de la evacuación de Polotsk. Habiendo permanecido en las cercanías de Minks los sajones de Reynier y los austriacos de Schwarzenberg por falta de órdenes expresas, Wilna quedó al descubierto, fué necesario evacuarla desordenadamente, sin tener siquiera tiempo de tomar el vestuario y los víveres almacenados en esta ciudad con abundancia. No siendo Murat obedecido ni capaz del mando, escapóse de Wilna á media noche, y se perdió el tesoro del ejército á la falda de la montaña que á la salida de esta ciudad se encuentra. Juntando un mariscal algunos oficiales y unos mil soldados en Kowno, ordenó á Ney y á Gerard disputar el Niemen un instante; pero estos dos hombres heroicos se vieron obligados á refugiarse en Königsberg, después de quedar casi solos.

Tales son los hechos acontecidos tras la partida de Napoleón y de que ya hemos dado cuenta, hechos desastrosos, debidos á las distancias, al frío, á la miseria, á la destrucción de toda autoridad, y sobre todo á aquella dispersión contagiosa, que, habiendo empezado por los jinetes desmontados, por los infantes sin fusiles, aumentóse sin cesar todos los días y acabó por cierta especie de enfermedad pestilencial, de la cual todo cuerpo enviado en socorro del grande ejército era atacado al punto y perecía sin manera de salvarse.

En Königsberg nos aguardaban otras desdichas. Los moradores de esta ciudad, á semejanza de todos los de Prusia, alimentaban en contra nuestra un violento odio, de que no se atrevían á hacer alarde por no haber aún cesado de temernos. No pudieron disimular su satisfacción al ver llegar nuestras tristes reliquias: sin embargo, supusieron que éstas no eran más que precursoras del cuerpo del grande ejército debilitado, si bien todavía subsistente; pero viendo aparecer á Murat casi solo, á la guardia no más que con algunos centenares de hombres y casi á nadie de los extraviados sin ventura, perseguidos sobre el hielo del Niemen por los cosacos, no pudieron reprimir su alegría ni su arrogancia. En los lugares apartados despojaban los campesinos á los soldados franceses que habían conservado algún dinero y lo ofrecían por pan, y á veces los degollaban implacables. De seguro se insurreccionaran dentro de la misma Königsberg los vecinos, si no los contuviera una de las divisiones de Augereau, la de Heudelet, que afortunadamente no había pasado de la Vieja Prusia.

De siete ú ocho mil hombres se componía, muy capaces de hacerse respetar aunque mozos. Era la primera fuerza organizada que se había encontrado desde Wilna. No habiendo salido como la del general Loison para ir al encuentro del grande ejército, ni había perecido ni experimentado padecimientos. Esta fuerza protegía á los doce mil enfermos ó heridos casi moribundos que llenaban los hospitales, y á la muchedumbre de generales y de oficiales que habían venido á morir á Königsberg de la fiebre de congelación, como los generales Lariboisiere y Eblé. No atreviéndose los habitantes de esta ciudad á lanzarse todavía sobre nosotros, se prometían hacerlo á la primera aproximación de los rusos, y entretanto arrancaban á nuestros soldados infelices lo que les quedaba en dinero por suministrarles comestibles ó vestidos de cualquiera clase. Con todo, entre estos habitantes de la Vieja Prusia hallábanse algunos muy humanos, que, á pesar de su sincero patriotismo, respetaban en nosotros el valor desafortunado y aliviaban los males de sus opresores. «No miramos de mal ojo á vosotros los franceses, decían, sino á vuestro emperador, que os ha sacrificado y que hace quince años oprime á todos, lo mismo á vosotros que á nosotros.»

Muy luego agregóse á nuestros reveses un acontecimiento de suma importancia. Teniendo el mariscal Macdonald consigo la división polaca de Grandjeán, compuesta de siete ú ocho mil hombres, soldados excelentes y fieles, seguido á alguna distancia por el cuerpo auxiliar prusiano, aguardó largo tiempo en Riga órdenes de retirada que no le habían llegado, ni más ni menos que el príncipe de Schwarzenberg aguardó vanamente en Minks las que debieran llevarle á Wilna.

Viendo al cabo á los rusos avanzar por todas partes, señal cierta de nuestra retirada, se puso en marcha espontáneamente el mariscal Macdonald para aproximarse á Tilsit. Detrás se retiraban lentamente los prusianos, mandados por el respetable general Grawert, no más que en la forma, y realmente por el general York, oficial lleno de capacidad, de orgullo, de ambición y de odio en nuestra contra. Les quiso hacer el mariscal Macdonald que acelerasen el paso á fin de librarse del enemigo que les estrechaba mucho; pero ya bajo un pretexto, ya bajo otro, se negaron á obedecerle, hasta el punto de inspirarle desconfianza, y con harta razón, según va á verse.

Después del paso del Berezina continuaron los rusos su movimiento. Con el ejército del Dwina trasladóse Wittgenstein á Königsberg para probar á cortar al cuerpo de Macdonald, mientras Tchitchakoff con el ejército de Moldavia perseguía nuestros restos sobre Kowno, y Kutusoff daba descanso al ejército principal en Wilna. Tanto como nosotros habían sufrido los rusos por efecto del frío, aunque muy poco de resultados de la miseria, y sostenidos por la alegría que les causaban nuestras desventuras, por la esperanza de nuestra destrucción completa, retenidos en las filas merced á las distribuciones regulares, llegaban muy disminuídos en número, si bien compactos y llenos de ardimiento. Su masa total ascendía á cien mil hombres á lo sumo, en vez de los trescientos mil que tenían al principio de la campaña. Al recibir el emperador Alejandro la noticia de nuestros desastres, corrió á Wilna, colmó al mariscal Kutusoff de merecidos galardones, pues su reconocida

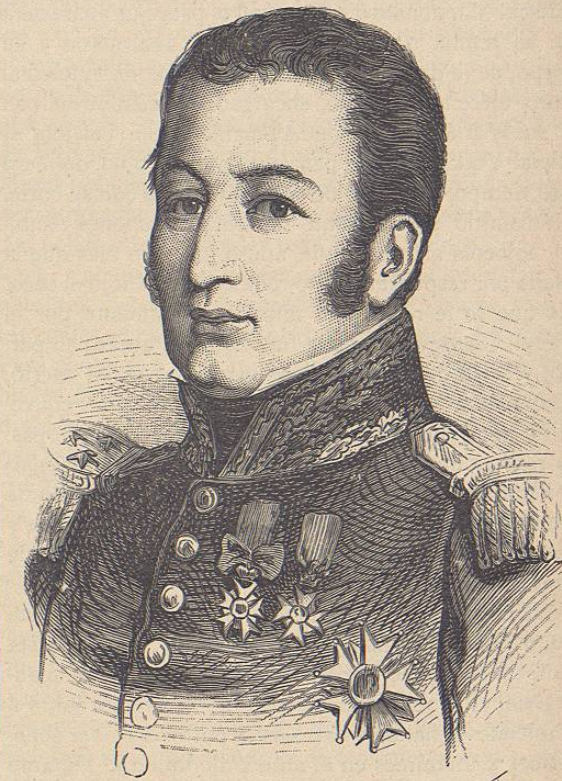
cordura triunfaba al cabo de las contradicciones todas, y tomó personalmente la dirección de los sucesos, que iban á ser políticos, no menos que militares.

Efectivamente, sabiendo Alejandro por conjeturas fáciles de formar, y por algunas comunicaciones indirectas de Prusia y aun de Austria, que su más vivo anhelo consistía en emanciparse de una alianza contraída mal de su grado, no dudaba de que, conduciéndose de una manera conveniente, lograría desprender de Francia, ya que no al Austria, por lo menos á Prusia. Así con la delicadeza de talento y la dulzura de carácter que le eran propios, adoptó al punto el lenguaje más adecuado á las circunstancias. Por tanto dijo que no venía á hacer conquistas sobre Alemania, ni aun sobre Polonia, sino á tender la mano á los alemanes oprimidos, á pueblos y á reyes, á hombres del estado llano y nobles, á prusianos y austriacos, bávaros y sajones, á ayudar á todos, quienesquiera que fuesen, á sacudir un yugo odioso, y, terminada esta obra, á restituir á cada cual lo que fuera suyo, no tomando para sí más que lo que injustamente se le había arrebatado. A tenor de esto divulgóse por todas partes de su nombre, que si los prusianos querían recuperar su parte de Polonia se hallaba pronto á restituirla, y no la guardaría más que ínterin fueran ellos mismos á entrar en posesión de lo que había sido suyo.

En Wilna, donde estaba en su casa, promulgó una amnistía general respecto de todos los actos cometidos contra la autoridad rusa, y aun hizo propalar que si los polacos querían recuperar una patria, estaba enteramente dispuesto á otorgarlo, constituyendo aparte el reino de Polonia, del cual sería rey clemente, civilizador y liberal. Sobrado talento poseía Alejandro para comprender por sí solo la habilidad de política semejante, sobrada benevolencia natural para complacerse en ella, y además, si necesitara de ayuda, se la persuadieran idéntica los alemanes que habían corrido á su lado. El ministro prusiano Stein, refugiado en su corte, el célebre escritor Kotzebue y otros muchos alemanes, hombres de letras ó de armas, usaban el lenguaje más liberal y asediaban á Alejandro con sus instancias para que proclamase la independencia de Alemania, y sobre todo para que marchara atrevidamente hacia adelante; para que, sin contar los franceses aún armados, se trasladase rápidamente á las márgenes del Vístula y del Óder, porque, según su dicho, cada porción de territorio liberada de los franceses le valdría al punto aliados ardorosos y entusiastas.

Sólo se oponían á esta política el viejo Kutusoff, cuya circunspección justificada por el éxito se había hecho excesiva, y algunos rusos, fijos en consideraciones puramente militares, y que atentos al agotamiento de sus tropas, temerosos de que se llegasen á disolver como las francesas, clamaban por que se hiciera alto, por que se dejara á los alemanes emanciparse como les fuera posible, por que se tratase con Francia, pudiéndolo hacer á la sazón de una manera ventajosa, y por que no se prolongase inútilmente una guerra que, feliz en lo interior de Rusia, sería peligrosísima fuera, sobre todo contra un caudillo como Napoleón, y realmente bajo el aspecto de la prudencia era fundadísimo este lenguaje. Pero la imaginación de Alejandro se había inflamado de pronto. Hondamente ultrajado por los

desdenes de Napoleón, envanecido hasta el delirio con el papel de vencedor suyo, aspiraba á otro aún más grande, el de su destructor y libertador de la oprimida Europa. Se decía que tratar con Napoleón, aun de igual á igual, era posible entonces sin duda; pero que si dejaba pasar la ocasión de destruirle, se vería bien pronto en su persona al poderoso dominador de otros tiempos, y nuevamente habría que poner manos á la obra. Al revés, prosiguiendo los triunfos alcanzados, atrayéndose á los gobiernos y á los pueblos indignados del yugo que tenían encima, yendo más lejos todavía,



El general Gerard

haciendo un llamamiento directo á la misma Francia, cansada de su soberano, declarando que no se pensaba en disputarla su legítima grandeza, se podía conseguir que Napoleón desapareciese de la escena y que Alejandro fuera á su turno el rey de reyes, el libertador de la Europa. Esta ambición, ayudada por el resentimiento, había invadido el corazón de Alejandro y estaba resuelto á no pararse. De consiguiente autorizó al ministro Stein y á sus compatriotas para ir á las provincias prusianas reconquistadas y ofrecer la próxima emancipación de Alemania.

Rodeado el general Diebitch, jefe de estado mayor de Wittgenstein, de oficiales alemanes, entre los cuales figuraba el general Clausewitz, acosado por sus instancias, sin necesitarlo, pues pensaba lo mismo que ellos, seguía al mariscal Macdonald paso á paso, con la esperanza de arrebatarse el cuerpo prusiano. Al mariscal Macdonald detestaba el general York, en primer lugar como á jefe, pues se mostraba celoso y siempre descontento, y en segundo como á francés, pues abrigaba en el corazón todos los sentimientos de sus compatrio-



tas. Continuos altercados tenía con el estado mayor del mariscal, sin cesar se quejaba de que era mal alimentado su cuerpo, de que no se le concedía la parte correspondiente de condecoraciones y dotaciones francesas, y este enojo, infundado de todo punto, aumentó sobremanera su aversión patriótica en nuestra contra. Avisado el general Diebitch por sus agentes secretos, fomentó estos sentimientos, y después de sobrevenir la catástrofe, acabó por proponer al general York que se pasara á los rusos bajo el velo de una capitulación exigida por las circunstancias. Bastaba que este general prusiano marchase despacio y se dejara separar del mariscal Macdonald y rodear luego, para que apareciera que se rendía á pesar suyo. No se desarmaría á su cuerpo, se le declararía neutral y serviría de núcleo al futuro ejército prusiano, encargado de coadyuvar con los rusos á la libertad de Alemania. Buen patriota el general York, bien que pensando en sí propio, deliberó largo tiempo, temeroso de comprometerse con su corte, le transmitió secretamente las comunicaciones recibidas, colocóla así en grande apuro, no tuvo más que la llamada por respuesta, vaciló todavía; pero aflojó el paso, dejó que se le rodease, é impelido finalmente por el general Clausewitz, que le fué enviado, abrazó su partido, y el 30 de diciembre, cediendo, según su aserto, á circunstancias militares imperiosas, firmó un convenio de neutralidad relativamente á su cuerpo de tropas, con reserva no obstante de la ratificación de su monarca. Fácil de adivinar era el sentido de este convenio de neutralidad, pues se reducía á la incorporación lisa y llana del cuerpo prusiano al ejército ruso á la vuelta de algunos días.

Más de cerca había seguido un destacamento de este mismo cuerpo al mariscal Macdonald, y llegó hasta Tilsit, teniéndole el general Massenbach bajo su mando. Éste, al saber la celebración del convenio, juntó á sus oficiales y hallólos entusiastas por el acto del general York y unánimes en el anhelo de imitarle. Durante la noche salió de Tilsit sin decir palabra, escribió al mariscal Macdonald una carta respetuosa, donde á pesar de todo resaltaban bajo vano disimulo cuantas pasiones habían arrastrado al general York, y fué á unirse á éste. Abrazáronse en el cuerpo prusiano unos á otros, prorrumpieron en gritos de entusiasmo, llamáronse libertadores de Alemania, y es la verdad que iban á contribuir grandemente á tal empresa.

Al escribir tan tristes relaciones, francés como soy, y francés, me atrevo á decirlo, profundamente apasionado por la grandeza de mi país, declaro que, en nombre de los mismos sentimientos que abriga mi alma, no puedo expresar ninguna censura contra aquellos patriotas alemanes, que, sirviendo mal de su grado á una causa que conocían no ser la suya, se tornaban á la causa que creían ser la de su patria, y que desgraciadamente había venido á serlo por culpa del jefe colocado entonces á nuestra cabeza. Forzoso es añadir que pudieran apoderarse del mariscal Macdonald sin trabajo, y que respetándole igualmente que á sus soldados como á recientes compañeros de armas, se separaron sin llevar nada á remate que agravara su posición.

Al caer el rayo sobre materias combustibles hacinadas con imprudencia, no obra más velozmente que obró la defección del general York en toda Alemania. Al

instante voló la noticia de boca en boca. Desde el Vístula al Rhin fué saludado el general York con el título de salvador de Alemania. A su lado corrieron el barón de Stein y sus colaboradores, le rodearon, le colmaron de parabienes, declararon que se le pondría al frente de todas las porciones del ejército prusiano que se pudieran ir atrayendo, le impulsaron á marchar sobre Tilsit, después sobre Koenigsberg, á reunir allí todos los estados de la Vieja Prusia, á proclamar la independencia de su patria, á declarar al rey privado de su libertad por los franceses, de cuyas resultas no debía ser obedecido, á imitar en fin la conducta de los *insurgentes* de Cádiz, que obraban á favor del monarca, sin el monarca y á pesar del monarca. Juzgando el general York haber hecho lo bastante, no quiso ir tan de prisa. Pero escoltado y circuido por los rusos, consintió en ir á Koenigsberg y en aguardar allí las órdenes de la corte de Prusia. Allí debía encontrar, no las órdenes de su rey, sino las de su país, alzadas en masa como un solo hombre é imperando con voz más fuerte que la de todos los gobiernos. De consiguiente adelantóse en unión de los rusos, alabado, aplaudido, acariciado por Alejandro, cuya política hallaba una confirmación brillante en este suceso.

Entretanto Murat se había detenido en Koenigsberg con la muchedumbre de generales y oficiales sin tropas, unos moribundos y otros usando un lenguaje casi sedicioso, exasperados por los padecimientos. Hasta el mismo mariscal Ney, á pesar de su heroísmo, á pesar de los halagos que Napoleón le hizo, no pudiendo ya contenerse, hablaba en alta voz contra el jefe desatentado que, según su aserto, había precipitado al ejército francés á un abismo. También Murat, como ya queda referido, se había sublevado hasta cierto punto, bien que, por efecto de las observaciones del mariscal Davout, guardó silencio, volvió á tomar el mando en el nombre, pero sin mandar nada, ignorando qué hacerse. Berthier, enfermo á la par de resultas de un ataque de gota y de la ausencia de Napoleón, reducido á guardar cama, no sabía qué aconsejar en aquella situación sin ejemplo. Entonces fué cuando se supo la defección del cuerpo prusiano, y viendo las manifestaciones de sentimientos que en los habitantes de Koenigsberg provocaba la tal noticia, no se vaciló ya en abandonar la ciudad, en renunciar á la línea del Niemen que había cesado de serlo después de helado este río, y que por todas partes pasaban los rusos. Disputar el terreno sólo sirviera para hacer que fueran degollados nuestros diez ó doce mil enfermos, número que la muerte disminuía de continuo, pero que aumentaba también sin cesar la llegada de nuestros rezagados. Con la retirada se podían confiar estos preciosos restos, ya que no á la benevolencia, al honor de la nación prusiana. Enfermeros y médicos se dejaron á nuestros enfermos para cuidarlos, fondos para proporcionarles comestibles, pues ya nada se podía esperar de la buena voluntad de los prusianos, y había que darse por felices de que el furioso pueblo de Koenigsberg no se lanzara al degüello. En seguida evacuóse esta capital en la Vieja Prusia.

Otra vez tuvo el mariscal Ney el cargo de formar la retaguardia con la división de Heudelet y con los dos mil hombres que habían quedado de la división de Loisón. Se puso en marcha sobre Braunsberg, Elbing y

Thorn. Como el frío se había atenuado, como se hallaban comestibles, como poco á poco había pasado delante la muchedumbre de nuestros rezagados, como ya no había que temer el contagio de la desbandada, se pudo caminar ordenadamente, yendo á la cabeza los estados mayores sin tropas y con prisa de volver á ganar el Vístula.

Tan precipitada fué la evacuación de Koenigsberg, que nadie hizo caso del mariscal Macdonald, dejado en Tilsit, á veinte leguas de Koenigsberg, sin tener más que siete ú ocho mil polacos, fieles pero extenuados. A voz en grito pedía que se le esperase, pues juntos formarían quince ó diez y seis mil hombres, capaces de imponer respeto. Sus cartas, que debían ir á buscar á Murat, ya trasladado á Thorn, no produjeron fruto. Así se anduvo hasta el 15 de enero, no pensando cada cual más que en sí propio, retirándose las reliquias del grande ejército por destacamentos de cincuenta ó cien hombres, obligando á los habitantes á suministrarles víveres cuando eran los más fuertes, muriendo de hambre ó de frío cuando para hacerse oír no tenían fuerza ni dinero, y distando quince leguas una de otra la división de Grandjeán á las órdenes de Macdonald, y la división de Heudelet á las de Ney, únicas tropas organizadas aún subsistentes.

Por fortuna los prusianos, á quienes con el abandono de Koenigsberg se había dejado una presa muy capaz de ocuparlos, y los rusos, muy extenuados, y á quienes Macdonald y Ney trataron más de una vez con dureza, no nos persiguieron bastante de prisa para envolvernos. A mediados de enero llegóse al Vístula y lanzáronse todos á las plazas provistas por Napoleón ampliamente. El general Rapp se había adelantado al ejército en Dantzick. Allí había un conjunto de cinco ó seis mil hombres de varias naciones y todas armas. Además envió Murat la división polaca de Grandjeán, la del general Heudelet, y los restos de la de Loisón. De este modo tuvo Rapp cerca de veinticinco mil hombres útiles bajo su mano. Granos y bebidas espirituosas poseía en abundancia. Con su caballería hizo una batida á la isla de Nogath, cogió muchos rebaños y forrajes, y después metióse dentro de las vastas obras de Dantzick para defenderse hasta el último extremo.

A tenor del consejo perseverante del mariscal Davout, se señalaron junto al Vístula puntos de reunión á los diversos cuerpos del antiguo ejército. A Dantzick debieron dirigirse los cuadros de los unos, y á Thorn, á Marienwörder y á Marienburgo los de los otros. Todo soldado que llegara pidiendo pan y equipo, debía ser enviado á su depósito en estas plazas. Al cabo de algunos días había mil quinientos hombres en el primer cuerpo de Davout, y un número proporcionado en el 2.º de Oudinot, en el 3.º de Ney y en el 4.º de Eugenio.

Establecido se hallaba el cuartel general en Thorn. Después de permanecer dos ó tres días, ni allí creyó Murat que podía hacer alto. Efectivamente, habiendo sido lanzadas á la plaza de Dantzick las divisiones de Heudelet, de Loisón y de Grandjeán, no quedaban más que diez mil hombres sin cohesión ni concierto para acompañar al cuartel general y para custodiar la inmensa cantidad de banderas allí reunidas con el objeto de salvarlas. Estos diez mil hombres se componían de mil ochocientos reclutas hallados en el camino y destinados

al cuerpo de Davout, de mil doscientos napolitanos selectos, de cuatro mil bávaros, partidos recientemente de sus hogares para cubrir las bajas del ejército de sus compatriotas, y por último de tres mil hombres de la guardia imperial, que desde Koenigsberg se habían reunido poco á poco y entre los cuales se contaban mil jinetes y doce piezas de artillería. Sintiendo demasado apretado en las inmediaciones de Thorn el general Gerard, que mandaba este conjunto, se precipitó sobre el enemigo con su habitual energía y le quitó la gana de estrecharnos tan de cerca.

Algo eran aquellos diez mil hombres bajo tal mano, pero no podían defender el Vístula, helado como todos los ríos de Polonia y de Prusia, y no ofreciendo de consiguiente una barrera contra el enemigo. Sobre todo no podía preservar á Murat y á cuanto le rodeaba de una afrenta, si unidos los rusos de Tchitchakoff á los de Wittgenstein trataban de envolverle. No quiso, pues, Murat permanecer junto al Vístula y trasladóse á Posen, que promediaba la distancia entre el Vístula y el Óder. Así hallábanse evacuadas toda la Vieja Prusia y la Polonia, y ocupadas las plazas, teníamos en línea diez mil hombres, mezclados de napolitanos y de bávaros, y entre los cuales se contaban cuatro mil franceses á lo sumo. Para contener á la agitada Alemania quedaban en Berlín los diez y ocho mil hombres del general Grenier y la división de Lagrange, única de las cuatro de Augereau que este mariscal mantuvo á su lado.

Otro suceso vino á fomentar aún la efervescencia de las poblaciones germánicas. Se había incurrido en el yerro de dejar una guarnición alemana la mayor parte en Pillau, pequeña plaza marítima que cerraba la entrada del Frische-Haff. Se había hecho así contra el dictamen del mariscal Macdonald, quien fundadamente no quería privarse de tropas activas más que en favor de plazas capaces de defensa y con guarnición donde predominaran los franceses. No llenando Pillau estas condiciones, se había rendido efectivamente con grande aplauso de los prusianos y viva satisfacción de los ingleses, que se apresuraron á penetrar en el Frische-Haff con sus buques de guerra. Muy pronto introdujeron allí sus convoyes mercantes, lo cual proporcionó á los moradores de la Vieja Prusia, además de la satisfacción patriótica de verse libres de sus vencedores, la satisfacción material de ver comenzar nuevamente el comercio de géneros coloniales, de que estaban privados hacía largo tiempo.

Siendo tan funestas las noticias de nuestra izquierda, no eran mejores las de nuestra derecha sobre el alto Vístula. No encontrando nada que hacer el general Reynier y el príncipe de Schwartzberg en Minks, se encaminaron á Varsovia. Batirse hubiera deseado el general Reynier, teniendo buenos soldados en los sajones, cuya estimación supo granjearse, y además cinco ó seis mil franceses de la división de Durutte para contenerlos; pero el príncipe de Schwartzberg le disuadía sobremanera, diciéndole que se debilitaría inútilmente guerreando durante el invierno y que era menester retirarse á Varsovia, cubrir esta capital, proporcionarse allí cuarteles tranquilos, y aguardar la llegada de las fuerzas que Napoleón no dejaría de traer para la primavera. Al par que el príncipe de Schwartzberg daba estos consejos, se iba retirando, obligaba al general